

resco de Maximiliano. Había hecho en 1851 su primer gran viaje marítimo á bordo de la fragata austriaca *Novara*, y habiendo visto después, á la edad de 19 años, en la catedral de Granada las insignias de la coronación de Fernando el Católico, pensó al tocar la corona y la poderosa espada: "¡Qué ensueño hermoso y brillante para un sobrino de los Habsburgos españoles blandir esta espada para conquistar esta corona (1)! Al joven Maximiliano faltó la inteligencia de la vida práctica, que juzga los hombres y las cosas como son; y además carecía de la perseverancia intelectual, que hace aprender las cosas á fondo, engendra convicciones firmes y da valor para proceder con arreglo á ellas. No le faltó la osadía temeraria que arriesga la vida riendo, ni tampoco el sentimiento del deber, que enseña á no eludir los peligros personales y á cumplir fielmente con los que no son adictos, y esto le hizo el ídolo entre los suyos, mientras los hombres de Estado se reían de su inocencia en el terreno político, y los intrigantes se servían de su credulidad é ineptitud para hacer su negocio apelando á su caballerosidad. En medio de la mayor lluvia de balas estuvo siempre alegre, sin temores, sin descorazonarse ni abatirse, y esto en una situación sin esperanzas de remedio.

Mientras él peleaba en Querétaro, los Ministros que había dejado en México trabajaban como si Maximiliano ya no fuese de este mundo. De cuanto le habían prometido no cumplieron nada; no le enviaron los fondos convenidos, y ocultaron las órdenes que remitió á la capital llamando cerca de sí á los austriacos que allí había dejado. En 14 de Marzo rechazó con valor un terrible asalto del General Escobedo en Querétaro, y en seguida decidió enviar á los Generales Márquez y Vidaurri, á quienes consideraba los más fieles, á México para destruir el Ministerio, hacer entrar fondos y volver de todos modos á Querétaro con ellos.

Por la noche del día 25 de Marzo llegaron Márquez y Vidaurri con 800 hombres de caballería á México, y el 29 del mismo mes recibieron Khevenhuller y Hammerstein la orden de marchar. Cumpliendo la orden salieron el día 30 á las nueve de la mañana con 4,000 hombres de tropa excelente y doce piezas

(1) Maximiliano nació el día 2 de Julio de 1832. Ver su obra *Escenas de mi vida y de viaje, aforismos, poesías, etc.*, tomo II, Leipzig, 1867, pág. 164.

de artillería, que habían sido un valiosísimo refuerzo para el Emperador; pero en lugar de marchar á Querétaro, que está al Noroeste de México, se dirigió la marcha al socorro de Puebla, que está al Sudeste de la capital y se hallaba sitiada por Porfirio Díaz. Después de cuatro días de marcha, extraordinariamente, llegó la noticia de que Puebla había caído en poder de Díaz, y éste avanzaba para atacar á la columna mandada al auxilio de la ciudad. La columna tuvo que regresar á México pasando al través de la caballería enemiga, que la molestaba en grandes masas, teniendo los húsares que abrirse paso con sus sables. Cerca de San Lorenzo atacaron á una columna enemiga de tres á cuatro mil hombres al grito de: ¡viva el Emperador! pronunciado en húngaro y los arrojaron, hombres y caballos al abismo. De esta manera hubieron de atacar los valientes húsares catorce veces para despejar el camino de la columna hasta la capital, y apenas estuvieron dentro de sus muros cuando el enemigo acabó de completar el cerco con número superior de tropa. Cuando hubiera sido posible para los austriacos unirse al Emperador, Márquez, contra la orden expresa de aquel, les había dirigido á Puebla sin siquiera avisar de ello á Maximiliano, que había puesto en él toda su confianza.

Después de nuevas luchas sangrientas en 24 de Marzo, 1.º y 27 de Abril y 1.º y 3 de Mayo, el Emperador, en la noche del 14 al 15 de Mayo, quiso intentar un último esfuerzo para abrirse camino, cuando poco antes de media noche penetraron los enemigos conducidos por el comandante imperial López, en el Convento de la Cruz, donde se hallaba el Emperador con su Estado Mayor, y los hicieron prisioneros sin encontrar resistencia. Con esto quedó concluido todo (1). Se dice que el Presidente Juárez no quería personalmente la muerte del Emperador (2), y aun hoy se oye en México, en todas partes, que las avanzadas de los liberales tenían orden de dejarle huir de Querétaro.

(1) Por la tarde del 15 de Mayo los oficiales del ejército republicano, el General Vega, el coronel Smith y los dos hermanos José y Pedro Rincón Gallardo, refirieron detalladamente al doctor Basch cómo habían entrado en el Convento conducidos por López, hablando de este traidor en los términos más vivos y concluyendo José Rincón su relación con estos términos: "Hombres así se utilizan cuando se necesitan y después se les echa á la calle de una patada." Basch, tomo II, pág. 145.

(2) Un noticiero de la *Gaceta de Colonia* dijo en un artículo titulado: *Del país de*

Para el Consejo de guerra fué una circunstancia agravante que los dos Generales, Mejía y Miramón, fueran hechos prisioneros con él y que, como condenados por alta traición no podían ser amnistiados; y fusilándolos tampoco podía ser amnistiado su jefe, bajo cuyas banderas habían servido (1).

Rechazó los proyectos de evasión que le propusieron sus fieles mientras no pudiese huir con los Generales Miramón y Mejía, y esto lo perdió todo. Condenado ya á muerte con sus dos compañeros, rogó al Presidente Juárez que su sangre fuese la última que se vertiera por la paz interior de México (2). En la madrugada del 19 de Junio de 1867 fueron conducidos los tres al lugar de la ejecución.

Se les leyó la sentencia y Maximiliano dijo: "Muerdo por la independencia y la libertad de México; y que mi sangre sirva de lazo de unión". Miramón exclamó: "¡Viva el Emperador! ¡viva México!" Mejía besó el crucifijo. El oficial dió la señal de fuego, y una triple descarga dejó sin vida á los tres sentenciados.

los aztecas. Querétaro, Diciembre de 1885 (Gaceta de Colonia, 1889, 14 de Abril: "Aquí en el país sabe todo el mundo que Juárez estaba por el perdón y que fué Lerdo de Tejada, su Ministro y primer Consejero entonces, quien se empeñó en el fusilamiento. Se sabe que las avanzadas de los liberales tenían orden hasta el último día de dejar pasar al Emperador sin obstáculo, siempre que quisiese salir de Querétaro; y es probable que aun siendo ya prisionero se le habría dejado escapar si hubiera querido evadirse sin sus generales, prisioneros como él. No cabe duda que el gobierno republicano vencedor y en su concepto legítimo, estaba en su derecho de hacer fusilar á los prisioneros que se habían entregado incondicionalmente; siendo únicamente de advertir desde el punto de vista imperial, que no se había hecho lo mismo con Juárez y su gobierno cuando dos años antes habían caído en manos de las tropas conservadoras. No era de caballeros que para tomar á Querétaro los republicanos emplearan la traición y el soborno; pero en la guerra valen todos los medios, especialmente en países como México. Despreciable é infame es, sin embargo, la tentativa de López, con el apoyo moral al parecer del General Escobedo, para envilecer la memoria del Emperador acusándole de haber vendido su propio ejército. López publicó á este efecto un billete del Emperador en el cual se le encargaba que pasara á la plaza para proponer la rendición del Convento de la Cruz en cambio de la libre evasión del Emperador y promesa de guardar el asunto eternamente secreto, para no manchar el honor imperial. Por fortuna se demostró comprobando el documento con muchos autógrafos del Emperador que el citado billete era una torpe falsificación; y en honor del México actual, hay que decir que la prensa más respetable de la capital expresó su indignación por esta calumnia de la memoria de un infeliz, asegurando que el Presidente Porfirio Díaz en nada había intervenido en la indigna tentativa."

[1] Mejía y Miramón, valientes Generales, presentaban la suerte que esperaba á Maximiliano; pero como leales quisieron participar de ella.—N. del T.

(2) Basch, tomo II, pág. 215.

"Era un alma grande," dijo un coronel mexicano al contar al doctor Basch el suceso.

En la noche del mismo día se entregó la ciudad de México. El conde de Khevenhuller había continuado hasta el 16 de Junio la defensa de la ciudad contra los sitiadores á pesar de la superioridad numérica de estos y de la escasez de provisiones de toda clase; cuando á la caída de la tarde del citado día un indio le entregó un billete del barón de Lago, encargado de los negocios del Austria, en el cual éste le decía: "El Emperador está preso; le manda á usted haga cesar las hostilidades y le hace responsable de todo nuevo derramamiento de sangre. Hace días que le ha escrito á usted, y seguramente ha sido interceptada la carta por Márquez."

El conde comunicó esta orden á sus jefes de sección, y se dirigió luego á ver á Márquez para decirle que los austriacos ya no admitían órdenes suyas. Márquez, como Lugar-teniente del Emperador, había engañado con noticias falsas durante todo un mes á cuantos estaban á sus órdenes; había interceptado todas las órdenes dirigidas personalmente por el Emperador á los suyos, y no contento con esto, había hecho lo contrario de lo que el Emperador le encargaba. No juzgándose seguro dentro de la ciudad, se había retirado á un convento que estaba próximo á la línea de los enemigos. Allí le fué á ver el conde, que hubo de aguardar un gran rato antes que se le dejara entrar. Cuando se vió cara á cara con Márquez le dijo: "Usted nos ha ocultado la prisión del Emperador, pero ya lo sabemos ahora y le participamos que el Emperador nos ha mandado cesar las hostilidades. Usted no nos manda ya." Márquez, temblando como un azogado, con los ojos fuera de sus órbitas, balbuceó: "¡Soy perdido!" El conde añadió: "Usted nos ha vendido, vea Ud. cómo se salva", y diciendo esto se retiró.

Al día siguiente recibió el conde un billete de Porfirio Díaz, en el cual éste le decía que fuese á verle para tratar de la rendición, pero que pasase por el acueducto de Tacubaya, porque Márquez sería capaz de algún atentado contra su persona. A las once de la noche fué el conde al sitio indicado del acueducto, construido por los españoles en otra época. Allí encontró una escalera de mano y un agujero por el cual entró

en el interior del acueducto, dentro del cual anduvo una hora metido hasta el pecho en el agua, hasta que vió la abertura por la cual salió, y donde le esperaban los edecanes de Porfirio Díaz, que no estaba allí porque le habían llamado á otra parte. En lugar de él dijo el coronel Echeverría al conde de Khevenhuller: "A usted, á todos los austriacos y á todos los extranjeros se concede libre paso hasta Veracruz. Los individuos de tropa entregarán las armas y caballos; los oficiales lo conservarán todo. Lo primero lo exige su propia seguridad; el gobierno liberal pagará las tropas y su manutención hasta el puerto, donde buques austriacos los tomarán á ustedes todos á bordo." No había que pedir más. El conde volvió por el camino que había llevado, y por la tarde del día 19 de Junio mandó izar la bandera blanca en el palacio.

A la mañana siguiente entraron los disidentes y por la tarde hizo llamar Porfirio Díaz al conde, que refiere la entrevista en estos términos: "Largo rato me miró como escudriñando; después se llegó á mí, me dió la mano y me dijo: "La fortuna es variable; ¿se acuerda usted de Puebla? Muy cerca de mí estaba usted en San Lorenzo, y necesité tres días para reunir mi caballería; si Márquez hubiera continuado la victoria, no estaría yo aquí;" y en baja voz añadió: "Su Emperador ha sido fusilado." Un momento antes había recibido esta misma noticia, pero no la había creído. Díaz comprendió mi estado y añadió con acento bondadoso: "Fué contra mi voluntad. Si yo hubiese mandado delante de Querétaro, el Emperador no había muerto. Díaz me despidió y volví á casa sin saber lo que me pasaba." Posteriormente supo el conde por boca de un general de los liberales, que Bazaine le había vendido antes de marcharse, 24 cañones de á ocho y de á doce con todos sus accesorios y arreos, y además fusiles, sables, cartucheras y provisiones de guerra. Es decir, que Bazaine había tratado á Maximiliano como enemigo desde el instante en que tuvo la certeza de que éste no quería abdicar por orden del Emperador de los franceses, regresando con la escuadra á Europa. Para obtener de Maximiliano la abdicación de una manera ú otra, había enviado Napoleón al General Castelnau á México [1], á donde llegó justamente en los días críticos de Orizaba. La felonía come-

(1) Keratry, página 187.

tida con Maximiliano habría aparecido al mundo con colores menos negros, si la víctima se hubiese sometido á su suerte y hubiese regresado á Europa sano y salvo, aunque con la honra menguada. Napoleón había podido hacer valer este regreso como un servicio que prestaba á la República vencedora, que le daba derecho á ser recompensado con otros servicios. Esta idea había dado ya lugar á negociaciones secretas y hasta á una verdadera conspiración con los disidentes contra el infortunado Maximiliano, lo cual presentido simplemente por éste le habría decidido ya á marcharse con los franceses. En Enero de 1867 había escrito como su última palabra á Bazaine: "Me quedo porque no quiero hacer lo que los soldados que arrojan su fusil para escapar más pronto del combate de batalla (1)." Maximiliano se quedó, pues, para combatir y morir con honra. Murió como un héroe, mientras el Emperador de los franceses quedó con la ignominia de haber faltado á la palabra dada y ser culpable de las consecuencias trágicas de su falta. Este sangriento drama fué presenciado por Fray Luis Aguirre, religioso exclaustro del Colegio de Guadalupe, que acompañó al P. Fisher.

NUMERO 124.

El Cerro de las Campanas.

Volvíamos de México el Ilmo. Sr. Alva y yo, después de haber asistido á la Romería de Zacatecas en la insigne Colegiata de N. Señora de Guadalupe, que tiene lugar anualmente en el día 12 de Septiembre, y nos alojábamos en nuestro antiguo Colegio de la Santísima Cruz en Querétaro, donde aquel Prelado tenía ofrecido detenerse unos días.

Era el día 21 de Septiembre de 1901, y aprovechando la coyuntura de que ese día el Ilmo. de Zacatecas estaba invitado á comer por el de Querétaro, á las diez de la mañana alquilé un viejo y destartalado *simón* y me hice conducir á buen paso al memorable Cerro de las Campanas, á donde llegué después de 45 minutos.

(1) Keratry, página 281.